

La señora María y las políticas públicas: el rol del sentido colectivo

Pedro E. Güell
Agosto, 2002

1. En lo que a bienestar, igualdad y democracia se refiere, todos quisiéramos estar subidos al carro, ser parte de la fiesta, remar en la misma dirección y tener la camiseta puesta. En esos temas es mejor ser parte del bote que no serlo. Esto es lo que en otro lenguaje nos enseñan las teorías de la integración y la cohesión social. Las encuestas nos muestran también que ambas cosas son aspiraciones largamente acariciadas por la gente. ¿Qué pueden hacer las políticas públicas para ayudarnos a conseguirlas? O, menos ambicioso, ¿qué pueden hacer para que no se diluyan? Conversemos sobre esto.

Integración y cohesión social son términos muy difusos. No pueden darse por supuesto. Menos en una reflexión sobre la relación entre ellos y las políticas públicas. Además, el proceso de cambios aceleradísimos en las formas de las relaciones sociales y en la organización de la sociedad han cuestionado fuertemente las ideas clásicas sobre lo que es cohesión e integración, sobre qué la fortalece y qué la debilita. Pero sería impropio lanzarnos ahora a una discusión teórica. No es este el lugar. Aquí de lo que se trata es simplemente de ampliar un poco la mirada sobre las políticas públicas.

Con ese fin es mejor partir de algunos hechos muy concretos de la vida cotidiana actual. Ellos parecen sugerir algunas dimensiones de la integración y de la cohesión que habría que tomar en cuenta pero que no siempre lo hacemos. Me tomaré la licencia de hacer una reflexión casi literaria sobre estos temas. Me apoyaré en los datos que surgen de los estudios realizados desde 1995 por el equipo de desarrollo humano del PNUD:

2. La señora María González, que es muy luchadora, trabaja porque quiere mejorar la educación de sus hijos. Cree en lo que han contado: para tener un buen trabajo en el futuro y ser respetado por los demás hay que tener una buena educación. Por eso, además de realizar sus labores domésticas, trabaja. Eso le permitió cambiar a sus hijos desde una escuela municipalizada hacia una particular subvencionada, porque ha oído hablar también de la importancia de la calidad de la educación. Ahora está haciendo unos pololitos para ver si puede comprar un computador para que los niños hagan las tareas. Eso sería otra ventaja para ellos. La señora María es muy sacrificada.

La señora María tiene una imagen de sociedad. Es la que ve en televisión, la que se habla en el trabajo y la que dicen los discursos del gobierno y de los alcaldes. Cree que la sociedad da oportunidades, pero que hay que jugársela. Cree que depende de cada uno y no de la suerte o de los pitutos. Cree que para aprovecharlas hay que jugar limpio con las reglas del juego de la sociedad y respetar a los demás.

3. Hoy para la gran mayoría de las personas ser parte de la sociedad significa poder acceder a las oportunidades que permiten mayores niveles de vida y permiten relacionarse con los otros en un pie de igualdad. Piensan que eso depende en buena parte de su propio esfuerzo. En general, no esperan que los demás les construyan esas condiciones por ellos.

Chile ha cambiado y la señora María con él. La gran mayoría de los chilenos no cree que haya que hacer un sacrificio colectivo y cambiar primero completamente la sociedad para que después llegue de una vez el tan ansiado bienestar. Ni creen ya que el Estado, los políticos, la suerte o la iglesia tengan capacidad para crear un mundo nuevo donde todos estén mejor.

La mayoría cree que la sociedad es un hecho muy difuso y que lo que importa es lo concreto: la familia, la casa, la escuela, la cancha, el trabajo, la plaza y los amigos. Y para vivir y lograr cosas ahí hay que comportarse como personas que se hacen cargo de sí mismas, no hay que entusiasmarse demasiado con los sueños, hay que esforzarse mucho y hay que respetar a los demás y hacerse respetar uno mismo.

Eso es integración para una mayoría creciente de chilenos: acceder al bienestar luchando para aprovechar oportunidades mediante el esfuerzo personal y el respeto mutuo.

4. Los chilenos han hecho un tremendo esfuerzo en el último tiempo. No sólo para adaptarse al cambio de la sociedad, sino para alcanzar las oportunidades que ven en él. La demanda por educación, las horas trabajadas, la reorganización de la vida familiar, la inversión en sus viviendas, la responsabilidad en el pago de deudas, etc, dan cuenta de ello.

El Estado por su parte ha hecho un notable esfuerzo por crear condiciones en que las oportunidades aumenten establemente y por asegurar que esas oportunidades lleguen a todos.

Por lado y lado parecieran estar dadas las condiciones para realizar una razonable integración social.

5. Sin embargo, la señora María se siente insegura y agobiada. Al caer la noche, después de su jornada laboral, de su trabajo doméstico y de sus pololitos ha comenzado a preguntarse: ¿y todo este esfuerzo para qué?

Siente que no puede lograr sus objetivos sola y que las exigencias la desbordan. Que sus oportunidades están amenazadas por fuerzas que no maneja. El otro día creyó entender en las noticias que la crisis internacional alzaría el precio del dólar y que los productos importados aumentarían sus precios notablemente. Las imágenes mostraron precisamente en ese momento una vitrina con computadores. Y se pregunta, ¿o sea que por razones que no tienen que ver con mi esfuerzo tal vez no podré comprar un computador? Además cada vez le cuesta más ver la relación que hay entre sus esfuerzos presentes y el bienestar futuro que anhela para sus hijos. ¿Qué tiene que ver mandarlos a un colegio mejor con poder entrar después a la universidad si ahora parece que además hay que hacer algo con esa cosa que llaman el SIES? ¿Y si no entran a la universidad, porque no está nada de claro si habrán créditos para los más pobres, encontrarán un buen trabajo? Porque ahora dicen que la educación media no es garantía de nada.

La señora María no tiene respuestas a sus preguntas y se siente excluida de las capacidades de acción que sólo pueden provenir de otros. Siente que sus aliados son insuficientes o débiles o no los ve. Comienza a pensar que tanto esfuerzo puede ser inútil si al final todo es tan volátil e incierto. Se impacienta porque cada vez hay que hacer mayores esfuerzos para alcanzar oportunidades que se ven más lejanas.

Esto es un déficit de integración. El no tiene que ver con el tamaño y cantidad de las oportunidades disponibles por una parte, ni con la debilidad de los esfuerzos

personales, por la otra. Suponer lo contrario sería menospreciar tanto a la señora María y como a los éxitos de nuestra modernización.

6. Una respuesta fácil es afirmar que las dificultades del contexto económico internacional y nacional han hecho todo más volátil e inseguro. Que la reducción del ritmo de crecimiento ha debilitado el atractivo y justificación de una integración basada en la realización de oportunidades. Por lo mismo, se trataría simplemente de volver a acelerar el crecimiento para que el engranaje de la integración social vuelva a girar.

Sin duda que eso ayudaría mucho. Pero no está ahí el corazón del problema. Las dificultades cotidianas con el modelo de integración vía realización personal de oportunidades comenzó a notarse antes de la crisis económica. La explicación de la inseguridad, agobio e irritación que comienza a percibirse en la vida diaria de los chilenos es también social y cultural y no sólo económica.

Para ser más precisos: la relación entre los esfuerzos personales y la realización de oportunidades ni es obvia a primera vista, ni puede ser establecida de modo individual por cada uno. No basta con que existan oportunidades y con que las personas estén dispuestas a hacer los esfuerzos por alcanzarlas. Hacen falta muchas cosas entremedio. Hace falta mucha sociedad y una oferta rica de sentidos colectivos.

Veamos algunos aspectos:

7. No existe ningún esfuerzo personal capaz de realizar por sí solo alguna de las oportunidades relevantes. Piénsese en la educación. La señora María no puede educar sola a sus hijos. Requiere de todo un sistema educacional. Allí circula una diversidad de actores con finalidades distintas. Para que sus esfuerzos, limitados y parciales, tengan sentido, la señora María requiere confiar en esos otros actores. Debe creer que sus acciones son coherentes con las suyas y que apuntan a fines similares. Esto mismo ocurre respecto del transporte público, de la salud o de la vivienda. ¿Por qué debería creer en la existencia de semejante comunidad de intereses? En parte porque ha experimentado en forma personal la bondad de algunos de esos actores, como cuando conversa con los profesores. También porque aprecia ella misma las consecuencias positivas de algunas transformaciones institucionales, como puede ocurrir con la extensión de la jornada escolar o como esperamos que ocurra con la transformación del transporte público.

Pero el sistema y los actores en que ella necesita confiar serán siempre mucho más extensos y complejos de lo que pueden alcanzar sus experiencias personales. La distancia que hay entre la experiencia personal y la complejidad de aquellos sistemas en los que necesitamos confiar debe ser llenada por la sociedad mediante la construcción de sentidos, relatos e imaginarios. Eso es lo que podríamos llamar, por ejemplo, la dimensión simbólica del proyecto educativo o de la política nacional de transporte. Ella permite vincular las necesidades subjetivas de la vida cotidiana con las necesidades técnicas y políticas de las innovaciones públicas complejas.

Sin un relato y una experiencia de la comunidad de sentidos y finalidades en la que se inserta la acción de cada uno es muy difícil llegar a creer que ella tenga sentido y eficacia. Es la dimensión simbólica de la acción pública la que nos dice que muchos reman en el mismo sentido y es ella la que nos hace sentir que los esfuerzos de cada uno tienen eficacia final porque están acompañados de aliados. El último informe de desarrollo humano del PNUD ha mostrado que, por el contrario, quienes no se sienten parte de una comunidad de sentidos tienden a mostrar sentimientos de impotencia respecto de sus capacidades personales. Y que este hecho afecta a grandes grupos del país. La habilitación de las personas para realizar las oportunidades a su alcance

es más que un problema de ampliación, focalización, o redistribución de los factores materiales. También es un asunto de construcción de sentidos y proyectos compartidos.

8. La señora María no sólo requiere sentirse parte de una comunidad confiable de aliados que reman en la misma dirección. Requiere también experimentar que los esfuerzos que hace en el presente se verán recompensados en el futuro. Esto tampoco es obvio. Hoy existe una distancia temporal muy grande entre las acciones cotidianas, cada vez más especializadas y puntuales, y la realización de las oportunidades relevantes que son cada vez más complejas y permanentes, como la educación. Hoy el trayecto personal de la integración esta compuesto de una gama más amplia de estaciones que antes, como por ejemplo educación preescolar, básica, media, pre-universitaria, universitaria o técnica, post grados, capacitación laboral permanente. Mientras más largo el viaje, más largo es también el tiempo de espera. En cada estación intermedia, que muchas veces más parecen un desvío, hay que tener la confianza de que ellas conducen a destino. Esto hace que cada paso se experimente como una realización de la aspiración. Pero para eso se necesita tener un mapa que nos muestre el trayecto y que nos permita ver que nuestra posición actual es un avance hacia donde queremos ir.

Los mapas temporales que dan sentido a los esfuerzos y a las inevitables esperas son hoy más necesarios que nunca. El acelerado cambio social trastorna las certezas cotidianas que antes nos permitían apostar al sentido futuro de nuestras acciones sin hacernos demasiadas preguntas. El cambio hace dudosos los caminos tradicionales para avanzar hacia la integración. Y sin mapas no tiene sentido aventurarse en ninguna dirección. La señora María está insegura porque no sabe si el SIES potenciará o debilitará el efecto de poner hoy a los niños en un colegio particular subvencionado. Los estudios del PNUD muestran que la mayoría de las personas creen que los cambios actuales no tienen brújula o que son una simple apariencia. Esta dificultad está asociada directamente a la evaluación negativa que hace la gente de los cambios en Chile.

9. Finalmente, la señora María no trabaja sólo para sus hijos. Trabaja también para sí misma. Ella quiere realizarse aportando sus esfuerzos. La evaluación y sentido de lo que hace no está relacionado sólo con los efectos futuros o con la colaboraciones remotas de su acción. Está relacionado con consigo misma en tiempo presente. Ella quiere experimentar que vale porque lo que hace sirve, porque ella puede crear cosas buenas. ¿Y eso quién se lo puede decir? Por de pronto mirarse al espejo no le basta. El reconocimiento y la autoestima son construcciones sociales. Tienen que ver con la voz y la mirada de los otros.

Si en los procesos de realización de oportunidades no se obtiene reconocimiento de la valía y eficacia personal, ese proceso pierde buena parte de su sentido. La señora María es parte de las buenas notas de su hijo en el colegio y hay que decírselo, ojalá entre todos y delante de todos. Esto también tiene especial relevancia en medio del proceso de cambios actuales. Uno de los efectos de la globalización y de la complejización de la vida social es la experiencia de que cada uno puede incidir muy poco en los procesos relevantes. Después de ver noticias en televisión la señora María quedó con la sensación de que no dependía de ella si iba a poder comprar un computador sino de algo así como la bolsa de Nueva York. La baja autoestima en las capacidades personales y colectivas para incidir sobre el mundo – lo que también se podría llamar crisis de subjetividad - es una de las características de nuestro tiempo. Por lo mismo se requiere una política activa del reconocimiento. No sólo para gratificar a cada uno, sino para aumentar nuestras capacidades de acción.

10. He sugerido que la explicación de la inseguridad y del agobio que acompaña a la señora María tiene que ver con un déficit en la construcción social de sentido. A ella parece faltarle un sentido y experiencia de alianza social en torno a sus esfuerzos, un sentido temporal que los anude y una política del reconocimiento que le permita valorarse como persona.

He sugerido también que la imagen instalada de integración, patrocinada por el discurso público, por el actuar de las instituciones y asumido por gran parte de las personas, tiene una validez parcial. Es parcial creer que los esfuerzos personales se justifican automáticamente por la existencia de oportunidades concretas o viceversa. Ellos requieren de una mediación social para que hagan sentido y por lo mismo sean capaces de proveer integración real. Esa mediación es un trabajo sobre los imaginarios, sobre los mensajes, sobre los símbolos. Es también un trabajo para crear las experiencias que les dan validez a aquellos.

He usado ejemplos de la relación de la señora María con las políticas públicas porque creo que ellas han sido especialmente olvidadizas de su dimensión simbólica. Las políticas públicas pueden contribuir a la integración social a condición de que reconozcan que integración no es sólo el disfrute de oportunidades, sino el carácter compartido del sentido que las inspira y el carácter de actor de la sociedad que las crea.

Si uno sigue reflexionando podría descubrir que asumir la dimensión simbólica de las políticas públicas podría hacerlas más eficientes. No avanzaré por ahí. Quisiera más bien terminar insistiendo que la eficacia de las políticas públicas descansa en buena medida en la señora María, a condición de que al caer la noche la sociedad le proporcione alternativas creíbles para responderse a la pregunta ¿y todo este esfuerzo para qué?